

RESISTENCIA, CRISIS Y REVOLUCIÓN: ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO EN EL PUERTO DE SAGUNTO, 1900-1936

JOSÉ MANUEL RAMBLA MOYA

Puerto de Sagunto y clase obrera. Desde siempre estos dos términos han sido percibidos como una especie de sinónimos, cuando no como una simple redundancia. Y lo cierto es que no faltan motivos para ello. De hecho la formación de la clase obrera¹ en el caso del Puerto de Sagunto ha ido pareja a su propia configuración como realidad urbana. A pesar de esta equiparación, el conocimiento que tenemos de cómo fue tomando cuerpo histórico la clase obrera portañá continúa siendo una de las asignaturas pendientes de la historiografía local. De hecho apenas encontramos bibliografía que nos dé cuenta de la vida, experiencias o aspiraciones de estos trabajadores. Este vacío es especialmente grave y evidente en los arranques de su experiencia colectiva a principios del siglo XX.

Su proceso de configuración como clase social definida, como sujeto histórico que actúa y transforma el medio con sus acciones colectivas o cotidianas, sus pautas culturales, sus organizaciones o incluso sus opciones de ocio, siguen pendientes de un estudio en profundidad. La cercanía temporal de este fenómeno y el poco arraigo que la historia de los movimientos sociales ha tenido hasta el momento entre los estudiosos locales explicaría en parte estas deficiencias. También la traumática experiencia del cierre de los Altos Hornos del Mediterráneo en la

¹ Siguiendo a E. P. Thompson (*La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, p. XIV), se trataría de ese complejo proceso histórico por el que «algunos hombres, de resueltas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten o articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos».

década de los 80 ejercerá una negativa influencia a la hora de afrontar una revisión crítica de estos aspectos del pasado reciente del Puerto. Tras la reconversión se impuso un amplio consenso social sobre un hipotético pasado idílico que hundiría sus raíces históricas en un *paternalismo empresarial* cultivado, primero por Ramón de la Sota y, después por la visión *verticalista* del franquismo que había intentado eliminar —o al menos difuminar— el origen de su propia razón de ser: la lucha de clases. Pero también un recurso ideológico que en la recta final del siglo XX permitía un consuelo nostálgico con el que afrontar la desvertebración social violentamente implantada por el neoliberalismo finisecular imperante.

De la existencia de ese conflicto clasista y de cómo fue articulándose el movimiento obrero porteño durante las primeras décadas del siglo XX tratarán las páginas siguientes. Se trata de una aportación limitada por necesidad ya que su principal objetivo no es realizar un pormenorizado estudio de los acontecimientos, sino fijar algunas líneas maestras que caracterizaron el desarrollo de ese movimiento a través del rastro dejado por las organizaciones obreras, y además evidenciar las grandes lagunas que existen en el conocimiento de esta etapa de nuestra historia reciente, con la esperanza de que sirva de revulsivo para futuras y necesarias investigaciones.

1. *Los primeros pasos*

Los planes del empresario vasco Ramón de la Sota de construir una vía férrea que enlazara la cuenca minera de Ojos Negros con el nuevo embarcadero que va a promover en Sagunto, atraerían a cientos de trabajadores hacia la capital de la comarca del Camp de Morvedre durante la primera década del siglo. En su mayoría eran de jornaleros agrícolas que buscaban una alternativa a la crisis que sufría el campo y que debieron enfrentarse al reto de protagonizar una doble transformación: impulsar un nuevo núcleo de población —en ningún momento previsto por los gestores empresariales— y configurarse en una nueva clase social, en un proletariado industrial desconocido hasta ese momento en Sagunto, que fue asumiendo consciencia de sí mismo hasta convertirse en movimiento obrero dotado de instituciones propias con las que pretendería alcanzar sus aspiraciones económicas, sociales o culturales.

Su llegada a Sagunto coincidirá además con una etapa de transición en las fórmulas organizativas de la clase trabajadora. El referente de la I Internacional, duramente perseguido durante su vigencia, quedará truncado de forma definitiva en 1888 con la disolución de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Ese vacío no terminarán de llenarlo las nuevas organizaciones sindicales como UGT, fundada oficialmente aquel mismo año, ni el influyente movimiento anarquista que oscilará en esta época entre las acciones de violencia individual revolucionaria y la búsqueda de nuevas experiencias organizativas. En este contexto, los trabajadores volvieron su mirada a fórmulas de aparente resonancia gremial, caracterizadas por su autonomía orgánica y por su pluralismo ideológico: las Sociedades Obreras.

La proliferación de estas Sociedades Obreras marcó el tránsito entre los siglos XIX y XX y Sagunto no fue ninguna excepción, a pesar del carácter marginal

de su clase obrera en ese tiempo. De hecho, los nuevos trabajadores que llegaron atraídos por la actividad de la Compañía Minera Sierra Menera y que inicialmente fijaban su residencia en el núcleo histórico de Sagunto, encontrarían en estas embrionarias organizaciones sus primeros referentes. Aunque la documentación disponible en el Archivo Municipal de Sagunto² es escasa, nos permite rastrear su existencia al menos desde marzo de 1902 cuando queda formalmente constituida la Unión de Obreros Carpinteros La Saguntina. A ella se sumará en 1903 al menos otra más, la Sociedad de Albañiles. Ambas sociedades evidenciarán sus lazos y mecanismos de solidaridad ese mismo año al reclamar al ayuntamiento la cesión de un local en el antiguo convento de la Trinidad como sede social compartida, hecho que deja entrever una concepción clasista que supera la visión corporativa de las antiguas organizaciones gremiales.

Pero estas incipientes organizaciones —entre las que no faltan las jornaleras— no fueron el único mecanismo de resistencia para el emergente proletariado industrial saguntino frente a una lógica capitalista que intentaba imponer la Compañía, obsesionada por los incrementos de productividad a cualquier precio. Y en estos comienzos del siglo, el precio a pagar era muy alto para la nueva clase obrera. No se trataba sólo de salarios bajos y jornadas de más de 12 horas. A ello deberán añadirse precarias condiciones de seguridad que, junto a la continua presión directa en los tajos, provocaban unos elevadísimos índices de accidentes laborales insospechados hasta entonces en Sagunto. Prueba de ello es que todavía en 1926 un informe sanitario municipal destacaba ese elevado número de obreros accidentados, llegando a señalar que “se verifican en Sagunto en un mes tantas autopsias como en una capital en un año”.

A estas condiciones laborales y al férreo control empresarial que no dudaba en recurrir al despido ante cualquier atisbo de organización obrera, los trabajadores opusieron una suerte de *economía moral* que se plasmará especialmente en un



Obrero embrogando la maquinaria del sintering, c. 1945 (Archivo Fundación P.P.H.I.S.)

² La información relativa a organizaciones obreras concretas a las que se hace referencia en este trabajo ha sido extraída de los fondos del Archivo Municipal de Sagunto. La mayor parte de la documentación se centra en los trámites de autorizaciones para actos y asambleas, así como en los informes del vigilante gubernativo que asiste a dichos actos. Por otro lado, las citas relativas a documentos internos de la Compañía Minera de Sierra Menera que aparecen en el texto están recogidos en Manuel Girona, *Minería y Siderurgia en Sagunto (1900-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989.

conflicto por el control del tiempo de trabajo. Estas resistencias se materializarán en el abandono del trabajo durante la época de las cosechas agrícolas y en otros casos de absentismo laboral, prácticas muy presentes y criticadas por una dirección empresarial deseosa de una fuerza de trabajo disciplinada, pero que sobre todo constituye un ejemplo de cómo la debilidad organizativa no desembocaba en la aceptación pasiva de unas condiciones impuestas por la empresa, ni en la sumisión.

De todos modos, estas resistencias casi *protoindustriales* tuvieron un peso importante en aquellos comienzos. De hecho, obligaron a la empresa a tomar medidas para contrarrestarlas. El recurso a la mano de obra inmigrante fue una de ellas, como pone de manifiesto el caso del barco que en mayo de 1909 atraca en Sagunto con 850 obreros procedentes de las minas de Sierra Alhambilla (Almería) con destino a Ojos Negros. El conflicto que posteriormente desataron estos mineros por el incumplimiento de las condiciones pactadas demuestra las contradicciones de este mecanismo en el que, si bien el desarraigo incrementa la vulnerabilidad del colectivo, también genera vínculos elementales de solidaridad entre los trabajadores procedentes de un mismo lugar, además de favorecer el intercambio de experiencias de resistencia y organización.

En cualquier caso ambos elementos —existencia de emergentes organizaciones obreras y resistencias primarias a la lógica de la disciplina capitalista— crearon las bases de lo que muy pronto sería un movimiento obrero maduro que encontrará en la acción colectiva un elemento de intervención social. La clase obrera irrumpirá ya plenamente en escena con la oleada de huelgas que sacudieron el embarcadero durante el primer trimestre de 1907, protestas que ponen de manifiesto el trabajo previo de los primeros activistas sindicales y la consciencia de un cambio en el equilibrio de fuerzas que hacía viable la movilización. No en vano, sólo unos días antes de estallar el primer conato de paro —seguido por 40 de los 245 trabajadores— zarpaba desde Sagunto el primer cargamento de mineral y la empresa estaba ávida de mano de obra para proseguir los envíos. De los dos fenómenos fue consciente la Compañía cuando en su correspondencia destacaba que “los motivos de la huelga han sido las circunstancias apuradas en que nos encontramos, bien apreciadas por muchos que saben predicar a todas horas y ahora se han aprovechado de la ocasión”. A las pocas semanas la huelga afectaba a toda la plantilla y sus ecos se notaban en las minas de Ojos Negros.

A pesar de lograr algunas mejoras salariales, el movimiento será frenado por la empresa cuando en marzo Sota envía a Sagunto un telegrama en el que afirma de forma tajante: “De no reanudarse trabajos hoy deben pagar personal y despedirle definitivamente, único modo según creo de restablecer la quebrantada disciplina”. Aparentemente, el movimiento ha fracasado, pero su aparición hace que la Compañía asuma que las cosas han cambiado. Pocos días después la empresa reconoce la necesidad de tomar medidas para evitar nuevos conflictos. Entre otras se propone construir alojamientos junto al embarcadero para los trabajadores, aunque por el momento sólo unas 60 viviendas. La clase obrera acaba de forzar la creación del Puerto de Sagunto. También ha evidenciado su carácter de sujeto social al que ya no se puede ignorar. Curiosamente, sólo unos meses más tarde, mucho antes de que el problema de las viviendas obreras esté resuelto, otras obras comienzan en Sagunto: la adecuación del convento de la Trinidad para acoger un destacamento de caballería que refuerza los efectivos de la Guardia Civil.

2. *Hacia la creación de los sindicatos*

Este cambio cualitativo en el movimiento obrero porteño coincidió en el tiempo con el nuevo contexto sindical que comenzaba a abrirse paso en el país. Si hasta entonces las Sociedades Obreras habían sido la respuesta organizativa del proletariado a la coyuntura de los primeros años, la configuración de nuevas experiencias sindicales será la nota dominante a partir de ese momento. Los primeros pasos los dio UGT en 1888, ahora le tocaría el turno al movimiento anarquista. El primero de sus intentos fue la creación en 1909 de la Federación de Sociedades Obreras. Pero, sin duda, será en 1910 cuando el anarquismo español consolide su estructura organizativa con la constitución de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), que catalizó la definitiva rearticulación de este movimiento, si bien operando de forma ilegal todavía hasta 1914.

Esta revitalización sindical no fue ajena a los trabajadores de la Compañía Minera Sierra Menera en Sagunto, donde además, una fase de bonanza económica favoreció la proliferación de movilizaciones y reivindicaciones obreras. Esta situación encendió pronto la luz de alarma en la empresa quien a principios de 1911 ya advertía que "se ha formado una sociedad de resistencia que no tiene más fin que comenzar una campaña contra la Compañía. Los iniciadores son todos obreros del taller de Sagunto". Como en situaciones anteriores similares, la respuesta de la empresa será drástica, recurriendo a los despidos y al respaldo de la Guardia Civil: "Conviene ahora limpiar ese personal de gente díscola y malos trabajadores que serán siempre un peligro para la tranquilidad del trabajo. Eso conviene hacerlo poco a poco... hasta despedir a todos los conocidos por su odio a la compañía", destacarán en sus comunicaciones internas

Sin embargo, esta inflexibilidad será contradictoria ya que, aunque rechazará de plano las demandas obreras, la movilización le obligará de nuevo a recurrir a un paternalismo empresarial, más forzado que altruista, con el que paliar en parte las causas de descontento. La correspondencia interna dejará patente esta contradicción. Así, frente a unas demandas económicas de los mineros de Ojos Negros, la compañía se mostrará implacable en su negativa, aunque a continuación matizará: "Ayudamos y ayudaremos a abaratar las subsistencias; si hay que mejorar los servicios de hospitales también lo haremos, pero nada más".



Grupo de obreros delante de una caldera de vapor, c. 1930 (Archivo Fundación P.P.H.I.S.)

Pero ni el paternalismo ni la represión anularán la conflictividad y la reorganización obrera durante esos años. Entre 1911 y 1912 los paros laborales en el Puerto de Sagunto serán intensos, y posiblemente bajo una creciente influencia anarquista todavía en la clandestinidad. Por el contrario, a partir de 1912 los empleados del ferrocarril comenzarán a aglutinarse en el Sindicato Nacional de Ferrocarriles vinculado a UGT. Esta doble influencia podría explicar la pasividad del colectivo ferroviario durante el movimiento huelguístico impulsado aquel mismo año por los trabajadores del resto de departamentos del Puerto. Toda una ebullición sindical que en definitiva afectará a los sectores más variados. Por ejemplo, el 13 de mayo de 1914 la Asociación de Fogoneros y Marineros acuerda durante una asamblea celebrada en el Puerto, sumarse a la huelga convocada en la marina mercante española.

Pero será en 1918 cuando el movimiento obrero saguntino experimente un salto cualitativo importante. En esas fechas, la CNT hará un llamamiento a todas las Sociedades Obreras para que reagrupen en Sindicatos Únicos; se trataba de organizaciones por ramo o industria en las grandes ciudades, o sociedades que agrupaban a todos los sindicatos de las ciudades pequeñas y de los pueblos. La convocatoria tuvo un rápido eco en Sagunto, donde inmediatamente comenzó a redactarse el reglamento del futuro Sindicato Único de Oficios Varios, a partir de las asociaciones integradas en el Centro Instructivo Sociedad de Trabajadores. El proceso culminó a finales de octubre de 1919 cuando con un escueto panfleto se convocó "Al elemento obrero de Sagunto y el Puerto" para constituir el día 2 de noviembre en el Teatro de Verano el nuevo Sindicato Único: «Esperamos que acudiréis todos como un solo hombre (...) para demostrar que tenéis ganas de emancipación de la política y la burguesía», concluía la pequeña convocatoria.

Este documento del Sindicato Único pone de manifiesto uno de los rasgos característicos del movimiento obrero saguntino: su apoliticismo y su afán por salvaguardar la autonomía del movimiento obrero.³ Esta particularidad por una parte explicaría las dificultades encontradas por los sindicatos de tendencia socialista para contrarrestar la influencia anarcosindicalista entre los trabajadores porteños. Por otra, ayudaría a entender las aparentemente contradictorias relaciones que el movimiento obrero mantuvo con el republicanismo blasquista que también estaba interesado en contrarrestar el peso del socialismo en el ámbito político.⁴

Por lo que respecta al recién creado Sindicato Único, apenas se ha conservado documentación que nos permita conocer los avatares de esta organización obrera durante este periodo. No obstante, los archivos municipales nos permiten rastrear su intento de articular un movimiento jornalero que acabó con la clausura

³ Todavía en 1935, el Centro Local de Oficios Varios del núcleo histórico saguntino, esgrimía el argumento de su apoliticismo con el fin de solicitar la autorización necesaria para diversas conferencias de militantes comunistas y socialistas.

⁴ En mayo de 1930, el propio Sigfrido Blasco, heredero de la Unión Republicana impulsada por su padre, recordaría estos lazos durante un mitin pronunciado en el Puerto ante 1.500 personas, en el que destacó la acogida en hogares valencianos de los hijos de los trabajadores en una reciente huelga. Las referencias a la "autonomía" entre ambos movimientos —republicanos y sindicalistas— serán constantes en este acto.



Grupo de obreros con la dirección al finalizar una reparación del Horno Alto, c. 1944
(Archivo Fundación P.P.H.I.S.)

de su local social desde enero hasta julio 1920 tras promover un llamamiento a la huelga. Se evidencia así el continuo recurso a la represión —impulsado tanto por las instituciones gubernativas como por la empresa— frente al emergente movimiento sindical. Para el periodo que ahora nos ocupa, su punto más álgido se consumará en 1923 cuando la dictadura de Primo de Rivera ilegalice la CNT, obligando al movimiento obrero porteño, fuertemente vinculado al sindicalismo anarquista, a promover y experimentar nuevas fórmulas de organización.

En cualquier caso, durante esta etapa que abarcaría entre 1910 y 1923, el proletariado porteño da muestras de madurez, proyectándose en estructuras organizativas claramente sindicales y desarrollando un discurso ideológico autónomo vinculado al anarquismo y, en menor medida, al socialismo. No es extraño pues que sea en este momento cuando la empresa se preocupe por potenciar el control ideológico sobre sus trabajadores, especialmente mediante la promoción del discurso religioso. Así, en 1912 la Compañía pondrá en marcha la primera escuela en el Puerto, con un claro modelo educativo para Ramón de la Sota quien llegaría a afirmar: “Que la escuela sea, por encima de todo, cristiana”, ya que “la antipática escuela moderna” no es más que un “estercolero de ideas estúpidas y dañinas”. E incluso en 1920 alabará en una carta al arzobispo las “ventajas (del cristianismo) para la Compañía [...] antídoto contra la violencia y la maldad de las propagandas antisociales que hoy, por desgracia, imperan en todas partes”. La relación entre este uso de la religión como mecanismo de control y el anticlericalismo resulta sin duda una materia de estudio imprescindible.

3. De la dictadura a la reorganización

La instauración de la dictadura del general Primo de Rivera marcó un cambio en el panorama sindical español. La CNT con su oposición abierta al régimen se verá abocada a la ilegalización y a una clandestinidad más o menos evidente de su actividad. Por el contrario, el respaldo de los socialistas al nuevo régimen militar predisponía a un incremento de la influencia de UGT al calor de la política laboral del gobierno. Una legislación laboral que, sin embargo, no dejará indiferente a una parte de las bases anarquistas que apostaban por consolidar a la CNT como un instrumento para intervenir en la realidad cotidiana de la clase trabajadora y en sus conflictos concretos, aprovechando para ello incluso los resquicios legales. Esta visión marcadamente sindicalista que generará tensiones internas especialmente a partir de 1927 cuando la recién creada Federación Anarquista Ibérica (FAI), que concibe el sindicato como un simple medio al servicio de la revolución social, comience a consolidar su influencia en la CNT.

Desgraciadamente, la falta de documentación vuelve a ser clave a la hora de seguir la evolución de la clase obrera porteña en este periodo histórico. Las únicas informaciones conservadas en el archivo municipal pertenecen a la fase final de la Dictadura. De hecho, la primera noticia que se tiene es una carta de febrero de 1929 en la que el propio Primo de Rivera agradece al presidente de la Sociedad de Obreros de la Siderurgia, Luis Alcaide, la adhesión al gobierno de la entidad durante la intentona de derrocamiento protagonizada en Valencia por el ex presidente del Consejo de Ministros José Sánchez Guerra, frustrada después de que militares opositores y sindicatos obreros se quedaran bloqueados esperando quién de ellos sería el primero en sacar sus fuerzas a la calle para respaldar el golpe contra el dictador.

De lo ocurrido antes de esa fecha tan sólo tenemos noticias por una de las crónicas de M^a Luisa Carnelli, poetisa y periodista argentina que visitó Sagunto en plena guerra civil.⁵ En ella, Carnelli nos narra su recorrido por el Puerto en compañía de Baldomero Bazataquí, un veterano militante socialista y trabajador de los Altos Hornos, que recuerda cómo en 1922 se intentó fundar un Ateneo y cómo fueron despedidos por la Compañía sus activistas más destacados.⁶ La periodista argentina prosigue su crónica señalando: "En la época en que Aunós fue ministro de Trabajo, la Empresa creó bajo su control un sindicato; pero sus dirigentes fueron muy pronto desalojados en una asamblea tumultuosa. El sindicato funcionó durante dos años autónomo". ¿Fue éste el origen de la Sociedad de Obreros Siderúrgicos que encontramos en 1929? Desde luego las fechas coinciden.

La entrada de Eduardo Aunós en el Directorio de Primo de Rivera traería como una de sus principales aportaciones el decreto por el que en 1926 se creaba la Organización Corporativa Nacional. Este decreto desarrollaría los comités

⁵ Carnelli, M^a Luisa, *Sagunto*, Ediciones Solidaridad, c. 1938.

⁶ Los archivos municipales conservan noticias de 1922 sobre la existencia de un Ateneo Obrero en la calle Encarnación Peris. De él sabemos que puso en marcha una escuela para adultos y que entre los personajes que visitaron su sede estaría Felipe Alaiz, destacado miembro de la FAI y futuro director de la publicación *Solidaridad Obrera*.

paritarios como un instrumento —muy influenciado por el fascismo italiano— que evitará los conflictos sociales gracias a la mediación estatal entre la empresa y los trabajadores. La medida beneficiaba inicialmente a la legal UGT. Sin embargo, su entrada en vigor también tendría incidencia en el seno del anarquismo y especialmente en aquellos que, como Angel Pestaña, defendían la necesidad de fortalecer a la CNT como una organización de acción propiamente sindical.

No sabemos cómo afectó entre los trabajadores de la Compañía Minera Sierra Menera y la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo estos debates, pero sí resulta evidente un incremento de la actividad sindical en el Puerto durante ese período. Por lo pronto sabemos que desde febrero de 1926 se están realizando reuniones en el Café Ambos Mundos para impulsar la Sociedad de Albañiles, bajo la atenta supervisión del gobernador civil. ¿Siguieron los trabajadores de Sota estos mismos pasos? Un dato parece indicarnos que así fue. En agosto de 1929, José Iborra —que ya lideró los intentos de 1926— comunica como presidente la constitución de la Sociedad de Obreros Albañiles, con sede social en la calle Sota y Aznar número 42, la misma dirección que la de la Sociedad de Obreros Siderúrgicos y futura sede de la CNT tras su legalización.

Lo que sí parece evidente es la pluralidad ideológica que existe en el seno de esta organización. Un hecho que pondría de manifiesto una cierta convivencia entre elementos anarquistas y socialistas, y que cuestionaría la supuesta anulación sindical que para los primeros habría supuesto su ilegalización. Así entre los dirigentes de la Sociedad de Obreros Siderúrgicos encontramos a hombres como José Monleón o Nicomedes Cortés, entre otros, que durante los años 30 ocuparán destacados puestos en la CNT, incluso en algunos casos próximos a las tesis más duras de la FAI. Sin embargo, ahora los encontramos en la organización de conferencias sobre los comités paritarios, en las que participan políticos como el diputado socialista Wenceslao Carrillo, aunque esta convivencia durará poco tiempo.

También fue breve el carácter conciliador de los comités paritarios en el ámbito saguntino. Según el relato de M^a Luisa Carnelli, en 1927 la petición de mejoras económicas desencadenará una huelga entre los trabajadores siderúrgicos a la que se responderá con la firmeza que caracterizaba a la empresa: “los más destacados propulsores fueron represaliados”, relatará la intelectual argentina. Unas protestas⁷ que constatan el fracaso de los comités paritarios en encauzar el conflicto social en esta recta final del gobierno del Marqués de Estella. Y todo ello en medio de un intenso debate interno en el seno del movimiento obrero que el Gobierno Civil intenta limitar autorizando sólo asambleas que traten asuntos relativos a los comités paritarios y prohibiendo el punto de ruegos y preguntas. En este contexto la sede de la Sociedad de Obreros de la Siderurgia permanecerá clausurada prácticamente durante todo 1929.

⁷ La agitación obrera durante este periodo no afectó sólo a la siderurgia. También se extendería entre otros sectores saguntinos, como el campo, o entre los trabajadores de la cantera gestionada por otra empresa vasca, la Sociedad Ibérica de Construcciones y Obras Públicas S.A., que en verano de 1928 iniciaron un largo conflicto por el cumplimiento de la jornada de ocho horas y el respeto de los salarios pactados.

4. *La hegemonía anarcosindicalista*

Este clima de efervescencia sindical se incrementó con la llegada de la dictablanda del general Berenguer y perdurará hasta las elecciones de abril de 1931 que proclamaron el nuevo régimen republicano. Clausura de sedes, multas o deportaciones de líderes sindicales serán las respuestas empresarial y gubernativa a la revitalización del movimiento obrero porteño. Los cambios de nombre en la organización o las sustituciones en los puestos de dirección sindical mostrarán tanto la represión sufrida, como los reequilibrios de fuerza que se están gestando en el seno de la organización obrera.

Esta actividad se intensificará especialmente a partir de julio de 1930, cuando la CNT en vista de su inminente legalización pone en marcha las comisiones para reorganizar los Sindicatos Únicos. Ese mismo mes, el anarcosindicalista catalán Sebastià Clara —invitado por el ramo Metalúrgico del País Valenciano para impulsar el proceso— y Juan Rueda congregaron a un millar de personas en el Puerto. Desde entonces, las asambleas y conferencias tanto generales, como en los distintos departamentos de las empresas serán continuas. Por ellas pasarán destacados líderes anarquistas como Domingo Torres, José España o Progreso Fernández. Pero especial relevancia en este proceso de reorganización tendrá Antonio Martínez Novella, conocido anarquista de Barcelona, según informará el alcalde de Sagunto al Gobernador Civil. En realidad, este trabajo de proselitismo comenzó mucho antes. Ya en mayo había dado sus frutos en una asamblea de 1.200 asociados que acordó por aclamación adherirse a la CNT. El 28 de octubre se formalizará aquel acuerdo con la aprobación del reglamento del nuevo Sindicato Único Sidero-Metalúrgico y de Oficios Varios de Sagunto. Su crecimiento será espectacular y —según los datos aportados por Eulalia Vega^s— en enero de 1932 contará con 2.500 afiliados.

A pesar de la aparente ventaja que pudo suponer su actividad legal durante la dictadura, la corriente socialista del sindicalismo de UGT en el Puerto será la gran perdedora de este proceso de reorganización del movimiento obrero. En este sentido, la presión anarquista fue rotunda. En agosto de 1931 algunos de los sindicalistas que unos años atrás gestionaron una conferencia de Wenceslao Carrillo para el Sindicato de Obreros Siderúrgicos, se encontrarán ahora entre los cenetistas que “abarrotaban” el Teatro Cendoya boicoteando a este conferenciante en un acto organizado por el ugetista Sindicato Metalúrgico General de Oficios Varios. Además, la CNT hurgará en las tensiones internas de UGT y a finales de aquel mismo año atacará con dureza a la dirección ugetista acusándola en su boletín⁹ de “no trabajar para la clase obrera” y de ser unos “vividores”. Ignoramos los motivos de estas acusaciones pero lo cierto es que las críticas tuvieron eco entre los propios afiliados ugetistas que tildaron de “estafadores” a su directiva forzándoles a dimitir durante una asamblea.

^s Vega, Eulalia, *Anarquistas y sindicalista (1931-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987.

⁹ CNT puso en marcha su propio medio de comunicación en el Puerto de Sagunto desde el verano de 1930, dejando patente una capacidad organizativa sólo comparable en el País Valenciano con Alcoy, única localidad donde los cenetistas también impulsaron prensa obrera.



Obras de ampliación de las nuevas baterías Otto de los hornos de cok, 1953
(Archivo Fundación P.P.H.I.S.)

Tras esta crisis, y asumida la dirección por Patricio Seguí, la central socialista continuará teniendo una implantación muy limitada entre los trabajadores porteños. Así se desprende del número de afiliados que asisten a sus asambleas durante 1932, oscilando entre los 80 y 100 asociados. A ello se añade el control gubernamental que también dificultará la actividad del sindicato. Todas estas circunstancias obligarán a la agrupación porteña a desistir de enviar delegados al Congreso de UGT previsto a finales de ese año en Madrid.

5. *Crisis y revolución*

La posible competencia ugetista no será el único, ni el más importante problema que deberá afrontar el potente movimiento anarcosindicalista porteño. Desde 1929 la crisis económica agrava la marcha de la actividad empresarial de Sota en el Puerto de Sagunto y el despido de trabajadores y las reestructuraciones serán constantes en la empresa hasta desembocar en el cierre de la compañía en 1933. No en vano, la necesidad de consolidar una organización sindical fuerte para afrontar estos despidos fue uno de los principales argumentos en las asambleas de 1930 para justificar la adhesión a la CNT.

Al principio, una gran confusión envuelve a estos despidos al ser considerados por los trabajadores una represalia por una huelga o consecuencia de una

avería.¹⁰ Además, en estos momentos son abundantes las referencias a intentos de intoxicación informativa tanto contra el sindicato, de quien se dice que prepara sabotajes y pistoleros como contra los propios despedidos a los que se acusa de vagancia. Estos últimos comentarios obligarán a los dirigentes sindicales a advertir durante una asamblea en julio de 1930 que “quienes hablan mal de los seleccionados lo hacen pagados por la empresa”.

En cualquier caso, recién salidos de un conflicto, los trabajadores no se sienten en condiciones de plantear un nuevo pulso a la empresa sin fortalecer antes el sindicato. “Hoy no conviene pensar en huelgas, sino en organizarse”, insistirá Nicomedes Cortés. Para ello se designarán responsables en cada sección de la fábrica, aunque alertando que “esos nombramientos han de ser en secreto, para evitar que se entere la empresa”.

Las únicas medidas adoptadas durante el verano de 1930 fueron crear una caja de resistencia para asistir a los despedidos y promover en el Puerto un Congreso del Ramo Metalúrgico a finales de año como muestra de la fuerza sindical. Paralelamente se defiende la reducción de la jornada a seis horas —o a cinco si continuaran obreros en paro—, exigiendo el compromiso de los trabajadores en su consecución: “El mayor enemigo de los trabajadores es el trabajador mismo que acepta los tajos y las horas extraordinarias cuando hay tantos miles de obreros en paro forzoso”, afirmará Cortés. En septiembre de 1931 se insistirá en esta misma línea al aprobar una enmienda a la Conferencia Nacional de CNT defendiendo que “la jornada laboral sea con arreglo al resultado de un estudio científico y racional para que no haya obreros en paro forzoso”.

Junto a este control de la jornada laboral, los trabajadores también barajan medidas claramente revolucionarias frente a la crisis que afecta a la empresa. Así, durante una de sus asambleas de 1930 se aprueba recopilar la mayor información posible sobre la gestión de la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo para “poder establecer el control en la fábrica, nombrar los consejos obreros en la misma y apoderarse de la factoría haciendo un ensayo a modo de lo hecho en Italia antes del Fascismo”. El objetivo final de esta propuesta sería: “la implantación del comunismo libertario”.¹¹ Esta propuesta revolucionaria se vería favorecida por la influencia de la FAI y un cierto escepticismo ante el sindicalismo “positivista”.

El dirigente Domingo Villascusa dejaría patente esta tendencia al afirmar: “cualquiera de los obreros ha estado mucho mejor antes de conocer esta maldita fábrica, pues si en ella ha conseguido algún aumento de jornal, lo ha perdido en cambio en fuerza física”. Además, sus reproches a la reivindicación de mejoras salariales será rotundo, defendiendo que los trabajadores “no deben pretender aumentos de jornal pues tras ellos siempre viene el encarecimiento de la subsistencia, por lo que su única labor debe encaminarse a hacer desaparecer el Capital, Estado y Clero, y en general todos aquellos parásitos que viven a costa del obrero”.

¹⁰ Este tipo de represalias son constantes como ya hemos visto. A finales de 1932, un ejemplo es el de Agapito Iglesias, obrero que tras ser procesado por su actividad sindical fue puesto en libertad sin cargos. Sin embargo, al intentar reincorporarse al trabajo la Compañía le comunicó su despido por haber faltado más de dos días.

¹¹ Ese mismo año UGT tampoco descarta la posibilidad de solicitar la socialización de la empresa.

La prioridad de la revolución también quedará patente tras el comunicado emitido por el Sindicato Único unos días después de proclamarse la República:

“¿Quién de vosotros no ha visto, apenas caída la monarquía, ondear la bandera tricolor en los terrenos y edificios de la compañía que nos explota?

Lo mismo que nos atropellaron y nos vejaron durante el régimen anterior, lo seguirán haciendo en este, ya que ellos, con la desvergüenza proverbial que les caracteriza, se han amoldado a éste con la facilidad que antaño lo estaban al otro.

Observad atentamente a los esbirros de la Siderúrgica y veréis a algunos de ellos entre los nuevos gobernantes [...]

¡Que la luz vuelva a vosotros y nos agrupemos de nuevo en la organización para ir hacia el comunismo libertario, que es el único que nos manumitará de tan ignominiosa explotación!”

Esta dialéctica entre revolución y sindicalismo —que tanta tensión generará en el seno de anarquismo español— quedará claramente reflejada en la conmemoración del 1º de Mayo de 1931. El informe del vigilante gubernativo destacará de entre las intervenciones, las arengas lanzadas por una militante ante las dos mil personas que asistían a un mitin no autorizado en el Salón Victoria:

“Preconizaba que la propiedad no existe y que todo era de los trabajadores que lo producían y que como dueños de todo, si no se accedía a las peticiones que se habían de presentar a la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo podían asaltar la Cooperativa y llevarse los víveres para comer así como apoderarse de la fábrica porque era de ellos.”

Un millar de personas marcharían después en manifestación hasta las oficinas de la compañía —frente a las cuales estaba acuartelado un destacamento de la Guardia Civil— para entregar a la dirección sus reivindicaciones: jornada de seis horas, readmisión de los despedidos, despido de los esquiroles y disolución de la Guardia Civil.

En medio de este clima, los conflictos serán la nota dominante en el seno de la Compañía, pero también el pesimismo entre los trabajadores ante la falta de resultados concretos. En diciembre de 1932, el dirigente José Sánchez Requena destacará en otra multitudinaria asamblea “el poco caso de los acuerdos del sindicato de los afiliados al mismo al trabajar en labores que no eran de su cometido”, citará “la poca resistencia que hicieron algunos elementos que ante las palabras de un ingeniero se mostraron convencidos e hicieron cuanto se les mandaba” e insistirá en que “se debió proceder como en el departamento que tuvo que ser desalojado por la Guardia Civil por declararse en huelga de brazos caídos siguiendo lo que antes habían acordado”. La respuesta de otros presentes en esta asamblea tampoco deja lugar a dudas: “si habían trabajado se debe a la desmoralización que en todos cundió”.

A este estado de ánimo no sería ajeno el fracaso de las gestiones realizadas durante estos años ante el Gobernador Civil, el Ministerio de Trabajo, el Ayuntamiento

de Sagunto o la dirección de la empresa. Precisamente, sobre el director de la empresa en el Puerto se comentaría poco después de la manifestación antes señalada de 1931 que "se les había ofrecido a la masa trabajadora como un padre, resultando un padrastro que de un abrazo por poco les ahoga". Y para complicar aún más la situación, la sede del sindicato permanecerá cerrada durante todo este tiempo.¹² Detrás de esta medida gubernativa los trabajadores no dejan de ver "la presión que ejerce la compañía sobre las autoridades".

La "desmoralización", la represión, la radicalidad del sindicato y la propia crisis económica y social se traducirán en un importante descenso de la afiliación. Una caída que se agravará a partir de 1933 con el cese de la actividad en la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, pero también con el endurecimiento de las medidas políticas tras el triunfo electoral de la derecha ese mismo año y la represión que siguió al movimiento revolucionario de octubre de 1934. Según los datos del trabajo de Eulalia Vega, en octubre de 1932 los afiliados al Sindicato Único eran un millar según el censo, un sesenta por ciento menos que a principios de ese mismo año. En febrero de 1936 los asociados han caído hasta los 400 y sólo a partir de mayo, vísperas ya de la guerra civil, la afiliación comienza a recuperarse subiendo hasta 700 asociados.

Junto a estos motivos, también podría haber influido en ese descenso de afiliados que sufre el Sindicato Único el control que el Centro Obrero de Sagunto parece ejercer sobre el acceso a los trabajos promovidos por el ayuntamiento para paliar el desempleo. No en vano, durante una asamblea del Sindicato Único en diciembre de 1932 algunos reprochan al Centro Obrero que estén vetando a los parados del Puerto.¹³ Ante estas quejas el sindicato propuso que una comisión se reuniera con responsables del Centro Obrero para desbloquear la situación. Por esas mismas fechas, también la Sociedad de Obreros Albañiles reclamará a la Sociedad de Obreros del Campo que se les permita trabajar en labores agrícolas para paliar el impacto del desempleo en el sector. Estas circunstancias podrían haber favorecido que un buen número de trabajadores del Puerto buscasen reacomodo en estas organizaciones "saguntinas", obligándolas incluso a tomar medidas internas para afrontar estas nuevas afiliaciones. Esto explica que en febrero de 1934 los 1.200 afiliados que participan en una asamblea del Centro Local de Oficios Varios acuerden que "los trabajadores del Puerto puedan seguir siendo socios sin voz ni voto".

Finalmente, otro elemento que sin duda tuvo su incidencia en el retroceso de la militancia del Sindicato Único durante estos años fue el proceso de división interna en el seno de la CNT, como consecuencia de las discrepancias antes resaladas entre los faistas, y quienes defendían tesis más pragmáticas como Angel Pestaña y la corriente treintista. Unas diferencias que terminarían siendo irreconciliables y desencadenarían la escisión por estos últimos y la formación de los sindicatos de oposición. En el Puerto estas divergencias internas desembocarían en la creación del Centro Sindicalista, en torno al cual dirigentes como José Sánchez

¹² El ayuntamiento informará al Gobernador Civil en diciembre de 1933 que el local sindical está clausurado desde hace dos años.

¹³ En el mismo acto, otro sector de los asistentes responsabilizará a un concejal de la situación, acusándole de ejercer el nepotismo en la adjudicación de estos trabajos.

Requena y José Anta impulsarían el Sindicato Autónomo de la Industria Siderúrgica y el Partido Sindicalista promovido por el propio Pestaña. Las primeras noticias que se tienen de éstas corrientes de sindicalismo revolucionario ajeno a la FAI son de mayo de 1934. Ese mes el nuevo Sindicato Autónomo realizaba un llamamiento conjunto a CNT y UGT para fusionarse en una sola organización sindical en el Puerto de Sagunto. Una iniciativa en consonancia con las propuestas unitarias de las Alianzas Obreras y los Frentes Únicos que, sin embargo, sería rechazada por ambos sindicatos.

No obstante, la propuesta de Sindicato Autónomo no fue el primer intento unitario que funcionará en el Puerto. Al menos desde noviembre de 1933 y hasta julio de 1934 estará activa la Comisión de Obreros y Empleados de la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, un órgano donde sindicalistas como Sánchez Requena desempeñarán un papel importante. La entidad centrará su actividad en realizar gestiones encaminadas a retomar la actividad productiva en la fábrica, obteniendo un importante eco social con asambleas en las que participarán al menos hasta medio millar de personas. Su creación pondría de manifiesto la consolidación de una alternativa pragmática en el seno del movimiento obrero, dividido entre la apuesta por la revolución social y una realidad socioeconómica que reclamaba intervenir en lo inmediato como consecuencia de la crisis industrial que sufría la localidad.

Pero al mismo tiempo, su aparición mostraría la voluntad del proletariado saguntino de preservar su autonomía frente a posibles alternativas interclasistas, como la impulsada por Unión Gremial en la primavera de 1933 basada sobre todo en una petición al gobierno de un incremento de las obras públicas que reactivara los pedidos de la siderúrgica. En la asamblea de "fuerzas vivas" promovida en abril de aquel año por la organización de comerciantes, los representantes del "sector obrero" dejaron patente el rechazo de CNT a la iniciativa, mientras que José Anta irá más allá y reprochará a la pequeña burguesía local que se preocupe por un supuesto "interés general" sólo cuando ve "mermados sus ingresos".¹⁴

COOPERATIVA DE LOS EMPLEADOS Y OBREROS DE LAS
COMPAÑÍAS SIDERÚRGICA DEL MEDITERRÁNEO, MINERA
DE SIERRA MENERA Y NAVIERA "SOTA Y AZNAR"

MEMORIA

AÑO 1936

OCTAVO EJERCICIO



VALENCIA: 1937
COOPERATIVA "ARTES GRÁFICAS"
Calle de Trova, núm. 7

Memoria del año 1936 de la Cooperativa, 1937
(Archivo Fundación P.P.H.I.S.)

¹⁴ Unión Gremial se constituirá en octubre de 1931 y desde ese mismo momento su principal preocupación ante las autoridades gubernativas será conocer el alcance de la crisis siderúrgica y el

6. *El final de un ciclo*

Hasta las mismas vísperas del alzamiento militar de julio de 1936 la conflictividad obrera en el Puerto de Sagunto fue la tónica dominante hasta tal punto que, como cita Girona en su estudio, el propio gobernador civil tuvo que dictar un laudo el 6 de julio de ese año para poner fin al movimiento huelguístico que sacudía la mermada actividad de la Compañía. Una conflictividad que vio surgir nuevos sindicatos y comisiones implicadas en promover las gestiones que pudieran retomar la actividad normalizada en la empresa. Pero pronto, junto a la crisis económica, otros peligros se harán evidentes para el movimiento obrero.

Su apuesta por la revolución social había pasado factura a la hegemónica CNT de Puerto de Sagunto. Tanto la persecución como el protagonismo de aquellas nuevas entidades hacen que su presencia documental durante todo 1934 sea escasa. Cuando en enero de 1935 se convoque una asamblea general, el número de asistentes será de 125 personas, muy lejos de los salones abarrotados de principio de la década. Y de nuevo entre los puntos de discusión se encontrará la reorganización de los sindicatos, testimonio de que la represión sufrida durante este periodo está teniendo consecuencias negativas, especialmente tras la bipolarización social experimentada durante el Bienio Negro republicano y que estallará en la revolución de 1934. La sede del Puerto vuelve a estar clausurada.¹⁵ En este contexto, un nuevo punto se incluye en el orden del día: "realizar una campaña peninsular contra la guerra".

Junto a la crisis social, la amenaza fascista comienza así a tomar cuerpo en el movimiento obrero. De hecho, la búsqueda de la unidad de acción contra este nuevo peligro comienza a gestarse en el Puerto de Sagunto al menos en el verano de 1934, cuando se tiene constancia de la gestación de la Alianza Obrera, en la que estarían presentes la agrupación socialista y la troskista Izquierda Comunista, aunque también parece probable la participación del Sindicato Autónomo en consonancia con lo preconizado por Pestaña a nivel general. No en vano, la implicación política de uno de sus representantes, José Sánchez Requena, le llevará a impulsar en abril de 1935 el Partido Sindicalista.

Por el contrario, la CNT rechazará esa opción y en aquella asamblea de enero de 1935 dejará patente su negativa a integrarse en la Alianza Obrera. De hecho, para entonces la agrupación anarquista porteña ya representa una de las líneas más duras de CNT en el País Valenciano. Esto dificultará los procesos que comienzan a gestarse para buscar fórmulas que permitan la reintegración de los sectores escindidos. Una muestra de estas tendencias para recomponer la unidad será

número de obreros que pueden verse afectados. Las relaciones entre los comerciantes y el movimiento obrero serán en ocasiones conflictivas generándose una tensión que les llevará a menudo a reclamar protección de la guardia civil ante las movilizaciones obreras. Además, a finales de 1934 promoverán acciones legales contra la competencia de la Cooperativa de Consumo.

¹⁵ No sólo la CNT. La clausura de locales fue amplia y afectó también, entre otros, a la agrupación socialista del Puerto. También hay indicios de deportaciones y encarcelamientos. Este es el caso de Félix Pla, presidente de esta misma agrupación socialista en julio de 1934 y que en junio de 1935 sería nombrado presidente honorífico en una asamblea que acordaría "laborar para su vuelta al poblado".

la conferencia convocada en diciembre de 1935 en el que está anunciada la participación conjunta del dirigente de la FAI, Juan García Oliver, y del escindido Domingo Torres, representante de la Federación Sindicalista Libertaria.

El acto congregó a unas 700 personas y a él faltó Domingo Torres, no sabemos si por la polarización de posturas existentes en el Puerto. En cualquier caso, la resistencia en el seno de la agrupación cenetista porteña a zanjar la ruptura se mantendría hasta el final. En el Pleno Regional de la CNT celebrado en Valencia en febrero de 1936, el Sindicato Único del Puerto fue uno de los que pusieron más reparos al documento que sentaba las bases de la reunificación, aunque finalmente lo respaldó. Sin embargo, sólo unos meses después, el 1 de mayo, los representantes porteños en el Congreso Nacional de la CNT celebrado en Zaragoza serán uno de los pocos colectivos que votarán en contra de la unificación.

Paradójicamente, unas semanas más tarde, los acontecimientos se encargarán de conciliar la división entre los partidarios de organizar la acción revolucionaria y los proclives al pragmatismo que buscan salidas a la reactivación productiva de la empresa. El 17 de agosto de 1936 los primeros milicianos saguntinos caían en la Puebla de Valverde durante una emboscada organizada por los propios guardias civiles que les conducían hacia el frente de Teruel. La guerra había desencadenado la revolución y también había reabierto las puertas de la fábrica saguntina para la producción de armamento. La clase obrera de Sagunto comenzaba así, brutalmente, un nuevo y trágico ciclo.